

## EL ORO EN LAS PRÁCTICAS RELIGIOSAS DE LOS MUISCAS

Luis Duque Gómez

De los datos consignados en las fuentes históricas de la Conquista se desprende el hecho de que el grupo muisca, después de que hubo perdido el dominio de los territorios que caían sobre las riberas del río Magdalena, en los actuales departamentos de Cundinamarca y Boyacá, debido a la presión a que fue sometido por las tribus enemigas, como las de los panches, muzos y colimas, careció casi por completo de fuentes de abastecimiento de oro en su propio territorio, por lo cual se vio forzado a obtenerlo por medio de tratos comerciales y de acciones guerreras, los primeros sostenidos con sus amigos los poinas o yaporoges, y las segundas libradas contra los grupos hostiles que bordeaban el flanco occidental de la región que ocupaban después de la pérdida de buena parte de sus antiguos dominios territoriales. A este propósito, Fray Pedro Simón nos relata lo siguiente:

“Lugares de mercado fueron casi todos que había de indios en estas dos provincias de Bogotá y Tunja; pero los más principales se hicieron de ordinario en dos: el uno en los pueblos que estaban á las márgenes del Río Grande de la Magdalena, tierra muy caliente, poblada por ambas partes de los indios Poinas ó como los llamaban los españoles Yaporoges, por su Cacique de ellos llamado Yapaocos: éstos eran tántos, que cogían sus poblaciones ambas márgenes de este gran río, desde el de Cuello hasta el Baché (\*), que entra en el grande enfrente de Neiva; eran éstos grandes mineros, por ser muchas las vetas de oro que hay en la tierra nombrada, y esto les ocasionaba á saberlas fundir y labrar, haciendo de ello muchas y grandes joyas, de las que muchas veces hemos dicho, aunque mal obradas para sus galas y santuarios. A las tierras de éstos acudían á hacer mercados los moscas, en especial los del pueblo de Pasca y sus convecinos, llevándoles mucha cantidad de finas mantas, sal y esmeraldas, con que rescataban del mucho oro fundido y en joyas que les daban en trueque los Yaporoges, que fue el camino más principal por donde entró la mayor parte del oro que hubo en este Nuevo Reino y hallaron los españoles, aunque no dejó de acrecentarlo el que sacaban de los pillajes en las victorias que tenían de sus enemigos los Panches, en cuyas tierras se han hallado ricas vetas de ello, porque en todo lo que toca en las provincias frías de Bogotá y Tunja, hasta hoy no se ha podido hallar rastro,

\* Aunque el texto en las distintas ediciones dice “Lache”, juzgamos que Simón quiso referirse al río Baché, el cual conserva el mismo nombre en la actualidad.

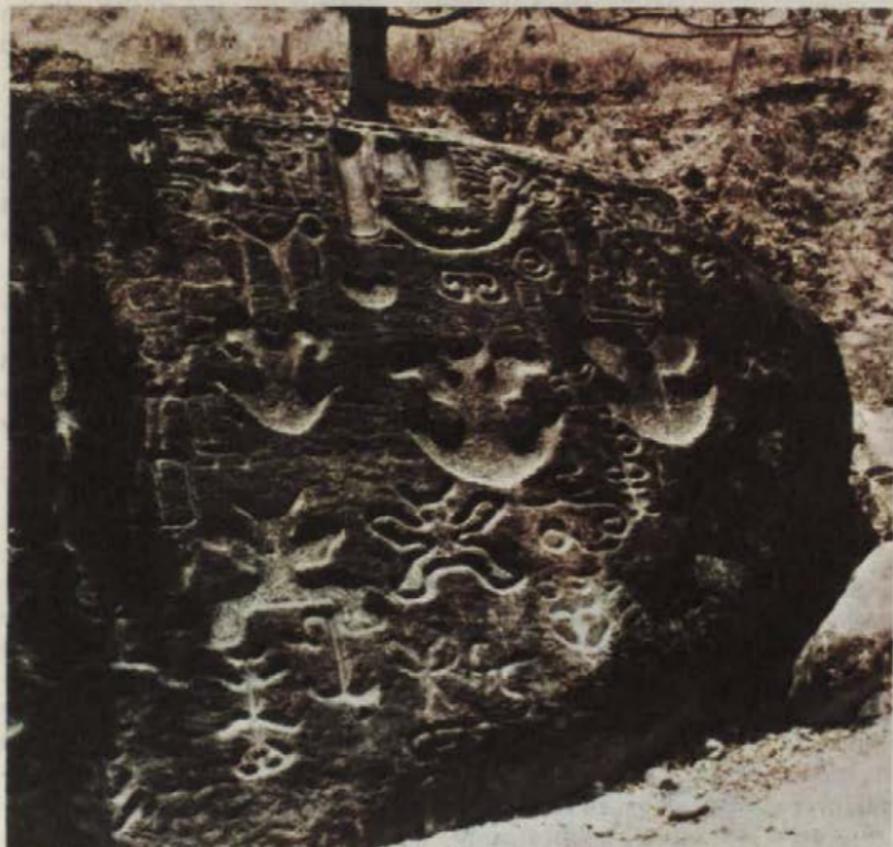
como dejamos dicho, sino es lo que en estos tiempos se ha hallado cerca de Sogamoso...".

"El otro puesto donde se hacían los más famosos mercados era en la tierra del Cacique Sorocota, que ahora se comprende en los términos de la ciudad de Vélez, aquí por ser comunes Bogotaes, Tunjas, Sogamosos, Guanés, Chipataes, Agataes, Saboyaes y otras muchas provincias comprendidas dentro de éstas se juntaban de ocho en ocho, véseles gran suma de gente con los frutos de sus tierras, en que también bullía buena suma de oro, en especial de los que acudían del poniente, como eran Agataes y sus vecinos, que viven á las vertientes del Río Grande de la Magdalena, donde siempre se ha hallado mucho de este metal, aunque nunca el de plata, y así se tuvo por cosa rara lo que sucedió en este mercado de Sorocota, y algunos años después de fundado por los españoles, los cuales dejaron pasase adelante, como lo tenían de costumbre; aunque por haber sucedido, unos negros esclavos cimarrones acudían allí el día del mercado, haciendo á los indios mil agravios que después pagaron en la horca por industria de las justicias; por evitar éstos y otros inconvenientes mandó la de Vélez le mudara el puesto del mercado á una loma alta cerca del otro puesto, donde aunque comenzaron á acudir, era de tan mala gana, que los más se volvían á su primer sitio, haciendo sus contratos de mayor cuantía sobre una piedra de hasta cuatro quintales que había en un cerrillo del puesto, á cuya redonda estaba toda la gente. Advirtiendo en esto la ciudad de Vélez, y habiendo los alcaldes de ella buscado la causa, hallaron que aquella piedra era la que no les podía arrancar de su primer sitio por las supersticiones que en ella tenían para sus contratos..."/1/.

No obstante la carencia de yacimientos auríferos en su comarca, los muisca desarrollaron sin embargo una importante industria metalúrgica, que tuvo sus centros principales en Guatavita, como lo refieren las crónicas y diarios de la Conquista, y en Pasca, donde en los últimos años se han hallado gran número de piezas de orfebrería y una serie de elementos que comprueban que allí existió en tiempos precolombinos una notable actividad local de los orfebres, como crisoles, yunques, sopletes y otros implementos para el trabajo metalúrgico. La pieza más importante del Museo del Oro del Banco de la República, que representa la ceremonia que según la tradición se cumplía periódicamente en la Laguna de Guatavita, fue hallada justamente en esta localidad.

A pesar de que Fray Pedro Simón afirma que los muisca no conocieron la metalurgia del cobre, es evidente que este metal apa-

1. Fray Pedro Simón. *Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales. Segunda Parte, Cuarta Noticia*, cap. IX, págs. 307-308.



**Piedra grabada de Aipe (Huila), con figuras que recuerdan objetos de orfebrería prehispánica. Se presume que en este lugar los grupos indígenas celebraban intercambios comerciales con las tribus vecinas. (Foto de Brian Hart).**

rece en casi todos los productos de la orfebrería del Altiplano, en muchos casos sin mezcla de oro. Ricos yacimientos existen a todo lo largo de la Cordillera Oriental y en algunos lugares de la Central. De la mayor parte de estas minas tenían conocimiento los nativos. Los lugares donde abunda el cobre son, entre los mencionados en las distintas fuentes históricas, Coromoro (Cantón de Charalá), río Sutamarchán, en la Villa de Leiva, el territorio habitado por los indios muzos, Valle de San Bartolomé, la región de los indios colimas, Tocaima, La Palma, Ibagué y Mariquita.

En el territorio que ocupaba el subgrupo chibcha de los guanes, se encontraron yacimientos y explotaciones auríferas cuando llegaron allí los españoles, como también entre los indios de las regiones vecindadas. Castellanos hace referencia a los nativos de Macaregua, Poima y Siscota, quienes obsequiaron a los europeos mantas y objetos de oro fino.

## LOS MOTIVOS REPRESENTADOS

Las representaciones escenográficas en orfebrería fueron particularmente notables entre los chibchas del Altiplano. La colección de tunjos constituye una admirable fuente documental para el estudio de muchos de los aspectos etnográficos de estos nativos. Fray Pedro Simón dice que los indios hacían representaciones en oro de los mohanes tomando tabaco o yopa, piedras de moler maíz, tiraderas, arcos, figuras de animales y otras cosas.

Bien conocida es la ceremonia que se cumplía en la laguna de Guatavita y que originó la famosa leyenda de El Dorado. El heredero del señorío debía hacer su primera jornada a la laguna sagrada, para ofrendar tributos a los dioses de la tribu, ofrendas consistentes en oro en polvo, tunjos y otros objetos. Tanto el aspirante como los señores principales que lo acompañaban, asistían a esta solemnidad ataviados con ricos adornos personales, entre los que relucían las coronas de oro, los brazales, las chagualas y las orejeras, entre la vistosa plumería de alegres y variados colores.

Debemos a la pluma amena y castiza de Juan Rodríguez Freile una de las mejores descripciones que conocemos acerca de la ceremonia que se realizaba en la laguna, con detalles recogidos de boca del sobrino de Guatavita, quien en la época en que escribía el celebrado cronista santafereño ejercía el cacicazgo de la comarca. Transcribimos a continuación algunos apartes de esta descripción, en la cual se alude a los nombres de varios adornos de orfebrería que usaban los jefes nativos con ocasión de tales festividades, y que podrían servir para identificar algunas de las piezas halladas en estos mismos territorios:

“La ceremonia que en esto había era que en aquella laguna se hacía una gran balsa de juncos, aderezábanla y adornábanla todo lo más vistoso que podían; metían en ella cuatro braseros



Laguna de Guatavita.

Dio origen a la leyenda de El Dorado (Foto de Wolfgang Sievers)

encendidos en que desde luego quemaban mucho moque, que es el zahumerio de estos naturales, y trementina con otros muchos y diversos perfumes.

“Estaba a este tiempo toda la laguna en redondo, con ser muy grande y hondable de tal manera que puede navegar en ella un navío de alto bordo, la cual estaba toda coronada de infinidad de indios e indias, con mucha plumería, chagualas y coronas de oro, con infinitos fuegos a la redonda, y luego que en la balsa comenzaba el zahumerio, lo encendían en tierra, en tal manera, que el humo impedía la luz del día.

“A este tiempo desnudaban al heredero en carnes vivas y lo untaban con una tierra pegajosa y lo espolvoreaban con oro en polvo y molido, de tal manera que iba cubierto todo de este metal. Metíanle en la balsa, en la cual iba parado, y a los pies le ponían un gran montón de oro y esmeraldas para que ofreciese a su dios. Entraban con él en la balsa cuatro caciques, los más principales, sus sujetos muy aderezados de plumería, coronas de oro, brasales y chagualas y orejeras de oro, también desnudos, y cada cual llevaba su ofrecimiento.

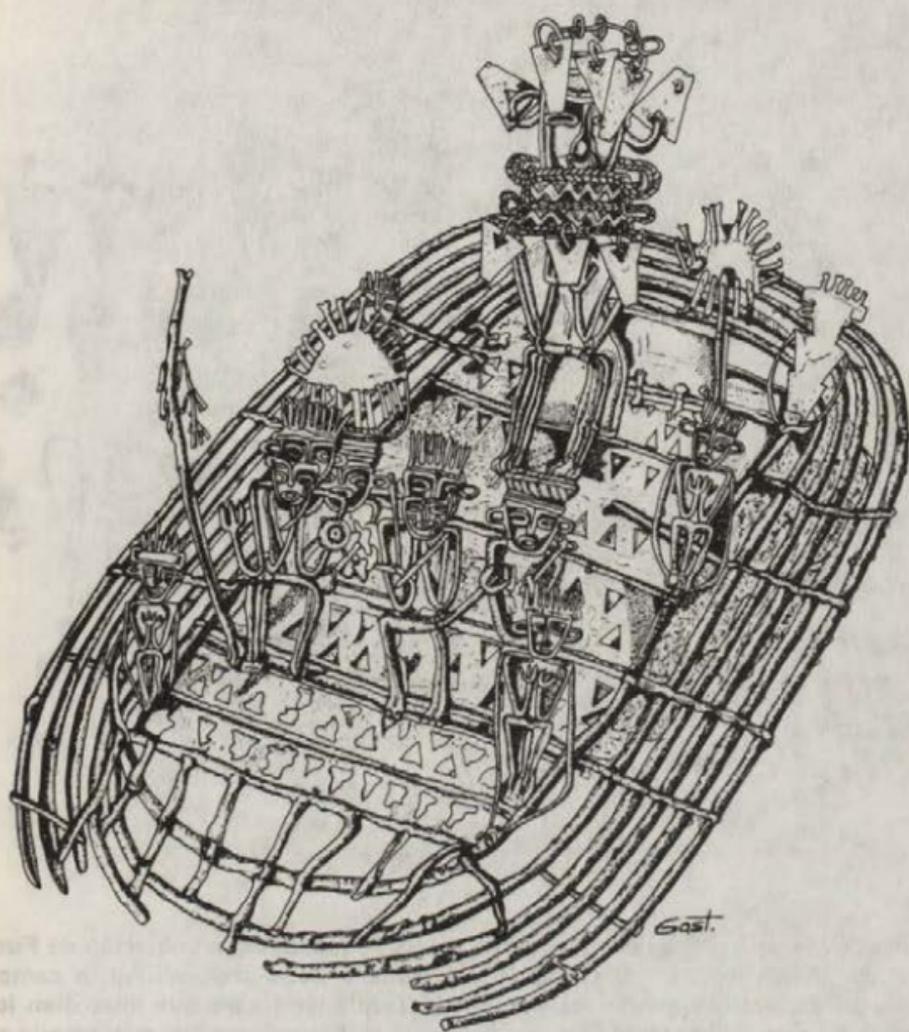
“En partiendo la balsa de tierra comenzaban los instrumentos, cornetas, fotutos y otros instrumentos, y con esto una gran vocería que atronaba montes y valles, y duraba hasta que la balsa llegaba al medio de la laguna, de donde, con una bandera, se hacía señal para el silencio.

“Hacia el indio dorado su ofrecimiento echando todo el oro que llevaba a los pies en el medio de la laguna, y los demás caciques que iban con él y le acompañaban, hacían lo propio; lo cual acabado, abatían la bandera, que en todo el tiempo que gastaban en el ofrecimiento la tenían levantada, y partiendo la balsa a tierra comenzaba la grito, gaitas y fotutos con muy largos corros de bailes y danzas a su modo; con la cual ceremonia recibían al nuevo electo y quedaba reconocido por señor y príncipe” /2/.

El mismo autor relata que en el santuario que existía en la labranza del cacique viejo de Ubaque y que fue confiscado en la época del cronista por el Padre Francisco Lorenzo, valiéndose de mil ardidés, se encontraron gran cantidad de piezas de orfebrería, labradas en diferentes formas:

“... halló cuatro ollas llenas de santillos y tejuelos de oro, pájaros y otras figuras, quisques y tiraderas de oro; todo lo que

2. Juan Rodríguez Freile. *El Carnero*. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Bogotá. 1942.



**Dibujo de La Balsa Muisca hallada en Pasca (Cundinamarca). Representa la ceremonia religiosa que se cumplía periódicamente en la laguna de Guatavita, según refieren los cronistas de la conquista (Dibujo de María Cristina Gast).**



Lote de piezas halladas dentro de una vasija pequeña, en la población de Funza, Cundinamarca. La olla estaba enterrada a poca profundidad, a campo abierto. Es posible que se trate de una ofrenda, como las que describen los cronistas cuando hablan de los jeques muisca. El conjunto fue encontrado en 1980 y adquirido por el Museo del Oro.

había era de oro, que aunque el Padre Francisco Lorenzo declaró y manifestó tres mil pesos de oro, fue fama que fueron más de seis mil pesos" /3/.

Además de su carácter religioso y de su valor estético, el oro tuvo para ellos otras significaciones: Laborado en forma de coronas, éstas eran colocadas en las sienas de los jefes como símbolos de su autoridad civil y religiosa. Estos mismos objetos representaban por sí solos el poder y la voluntad del cacique, cuando quiera que éste no podía desplazarse a algún lugar para demandar obediencia de sus súbditos. Juan Rodríguez Freile, en sus relatos sobre las diferencias políticas surgidas entre el señor de Bogotá y el cacique de Guatavita, escribe:

"...el Guatavita se alborotó y al punto mandó a sus capitanes hacer dos mil indios de guerra que asistiesen a la defensa de su persona, y que estuviesen prevenidos para lo que se ofreciese; asimismo despachó dos quemes, que, como tengo dicho, son mensajeros, aunque en esta ocasión sirvieron de emplazadores, con las dos coronas de oro, que entre ellos servían de mandamiento, o provisión real, citando al Bogotá, en que dentro de tercero día pareciese ante él llevando consigo tales y tales capitanes" /4/.

Simón, refiriéndose a los tesoros encontrados por los españoles en los cercados del cacique de Tunja, anota:

"Entre las demás joyas que las iba descubriendo su codiciosa inteligencia fueron una infinidad de sartas de cuentas verdes, coloradas, blancas y azules, hechas de huesos y pedrezuelas, ensartados a trechos canutillos de oro fino con ellas, de las cuales usaban los caballeros y gente principal en sus mayores fiestas y jornadas de guerra, autorizando con ellas sus muñecas, sienas y gargantas, al modo que lo hacen nuestras españolas, de quien también lo han aprendido las indias; si bien de sus antepasados ya sabían cómo se hacían, aunque nunca entre ellos las indias lo usaron porque sólo era gala de hombres, como entre nosotros sólo es de mujeres. Tampoco dejaron los soldados de trastornar algunos bohíos dentro del cercado donde tenía el Tunja recogidas las armas y municiones que iba juntando para la guerra que intentaba hacer al Bogotá, entre las cuales se hallaron muy buenas y finas chagualas, y diademas de fino oro, que también llevaban los capitanes más valientes, puestas en la

3. Juan Rodríguez Freile. op. cit.

4. Juan Rodríguez Freile. El Carnero. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá, 1942.

cabeza y pechos, tan grandes algunas de las patenas que les servían de petos contra los dardos en las guerras". /5/.

A la llegada de los españoles, en el siglo XVI, los muiscas tenían ya establecidas guarniciones en las fronteras con los enemigos, como las regiones de Fosca, Tibacuy y Zipacón. Allí habían construido fortalezas especiales y mantenían una estrecha vigilancia de los movimientos bélicos de sus contrarios, los sutagaos y los panches; **guechas** era el nombre que se daba a los jefes de tales grupos, que quería decir valiente; se les otorgaban privilegios especiales, para recompensarlos por la peligrosa misión que permanentemente cumplían.

De ellos escribe al autor antes citado:

"...hombres de grandes cuerpos, valientes, sueltos, determinados y vigilantes, a quienes les pagaban sueldos, plazas aventajadas por mejores soldados; éstos andaban siempre trasquilado el cabello, horadadas las narices y labios, y a la redonda de todo el circuito de las orejas, atravesados por otros agujeros, que tenían muchos canutillos de finísimo oro, y los agujeros de los labios y narices, eran también para poner de los mismos, pero aquí no se los ponían, hasta que iban matando indios panches, de manera que cuantos indios mataban, tantos canutillos de fino oro se colgaban de las narices y labios... según sus obras era cada uno honrado del Rey, y solía pagarles muchas veces con hacerlos Caciques de algunos pueblos donde faltaba el legítimo heredero" /6/.

Los sacerdotes de la tribu usaban distintivos especiales, entre ellos ciertos adornos de oro, a los cuales se refieren los cronistas y que aparecen representados en varias de las cerámicas antropomorfas halladas en diferentes yacimientos arqueológicos de la zona. La más interesante de estas referencias es la que nos trae Vargas Machuca y que reza así:

"Usaban de sacerdotes; en algunas partes éstos eran los más principales señores de la tierra; poníanse mitras con sus tiaras y de éstas se han hallado muchas, particularmente en Nueva España, pero no de oro de martillo, como unas que se hallaron en un Santuario en el Nuevo Reino de Granada, y muy grandes, en tiempos del doctor Antonio González... el cual por grandeza y cosa notable, las envió a nuestro Rey, con unos antepechos del

5. Fray Pedro Simón, op. cit., Segunda Parte, Segunda Noticia, cap. XXV, pág. 192.

6. Simón, Op. cit., Segunda Parte, Segunda Noticia, cap. XIV, pág. 159.

mismo oro, que era muy fino, dibujados en ellos muchos ídolos de varias formas''/7/.

Los escritores de la Conquista nos hablan también de las viviendas de los jeques como lugares ceremoniales, según se desprende del texto de Castellanos cuando, refiriéndose a los ídolos que tenían los muiscas, escribe:

''Unos de oro y otros de madera,  
otros de hilo, grandes y pequeños,  
todos con cabellera, mal tallados;  
y también hacen ídolos de cera  
y otros de barro blanco, pero todos  
están de dos en dos, macho con hembra,  
adornados con mantas que les ponen  
dentro de los infames santuarios  
donde los xeques tienen sus moradas  
con gran recogimiento y abstinencia  
porque comen muy poco, y eso cosas  
livianas y de muy poca substancia''/8/.

En estas viviendas, los jeques tenían vasijas de cerámica destinadas a recoger las ofrendas, unas a manera de múcuras y otras antropomorfas, ahuecadas, abiertas encima de la cabeza:

''Tenían en los templos comunes dos maneras de cepos o gazofiliacios, en que metían las ofrendas que se les hacían: la una era una figura de hombre hecha de barro, sin pies, toda hueca, abierto todo el casco de la cabeza, por donde echaban las ofrendas, que eran hechas de oro con figuras de varios animales, como culebras, ranas, lagartijas, mosquitos, hormigas, gusanos, leones, tigres, monos, raposas, y de toda suerte de aves; éstas sólo las ofrecía el Jeque; tapaban lo abierto de la cabeza de esta figura con un bonete redondo, a cuatro picos, como el de nuestros clérigos, unas veces hechos de plumas, otras del mismo barro de que era la figura, con un palillo en medio de un dedo de grueso para quitarlo y ponerlo. El otro cepo era una vasija a modo de múcura, enterrada en el suelo del templo, sin dejar descubierto más que la boca a la haz de la tierra, donde también iban echando las ofrendas hasta que ambas estaban llenas, porque luego el Jeque ponía otras en su lugar llevando aquellas a enterrar a otro fuera del templo, así llenas como estaban'' /9/.

7. Bernardo Vargas Machuca. *Milicia y descripción de las Indias*, Vol. II, págs. 98-99, Madrid, 1892.
8. Juan de Castellanos: *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, Cuarta Parte, canto primero, pág. 155, Bogotá, 1955.
9. Fray Pedro Simón, op. cit., Segunda Parte, Cuarta Noticia, cap. IV, pág. 288.



**Cerámicas antropomorfas como ésta eran usadas de cepos o gazofilacios en los templos de los muisca, para recoger ofrendas.**

Detalles acerca de la manera como se hacían los ofrecimientos o mandas pías de los naturales se encuentran en otro interesante texto del famoso cronista del siglo XVII y que a la letra dice:

“Teniendo, pues, cada uno algunas de estas partes señaladas para su devoción y ofrecimiento, cuando tenía alguna necesidad hombre o mujer, la comunicaban con el Jeque, que para sólo esto tenían licencia para mirar y hablar a las mujeres; comunicada, mascaba el Jeque tabaco en su casa para que se lo revelase el demonio, o él lo imaginase, ordenaba a los que querían hacer la ofrenda, los días que habían de ayunar, porque ninguno se hacía que no precediese ayuno, tan preciso de parte de las necesidades y el Jeque, que aunque murieran no lo habían de revelar o quebrantar, con ser estrechísimo y no de pocos días; cuando se iban acabando mandaba el Jeque se hiciese de oro, cobre, hilo o barro la figura que habían de ofrecer, que solía ser de un águila o serpiente, mono o papagayo o de otras así. Aquella noche que se le daban iba a la mitad de ella al lugar de la devoción de lo que ofrecían, que ya lo sabía el Jeque, que veinte pasos atrás que llegara, se desnudaba y quedaba todo en carnes, mirando primero si sonaba algún ruido y sin hacer él ninguno, iba con gran reverencia a aquellos veinte pasos, y llegando al lugar del santuario, levantaban en ambas palmas la figurilla que llevaban envuelta en algodón, decía algunas palabras en que significaba la necesidad del que ofrecía y pedía el remedio para ella, y puesto de rodillas la arrojaba en las aguas, de manera que se fuese a pique, o metía en alguna cueva o la envolvía en la tierra, según era el santuario, y volviendo dando pasos atrás, sin volver de ninguna manera las espaldas, llegaba así hasta donde había dejado el vestido y poniéndoselo volvía a su casa en lo intempestivo de la noche, y viniendo luego a la mañana el que ofrecía y sabiendo el Jeque que aquello estaba hecho, dábale por su trabajo dos mantas y algún oro, y volvía a su casa, y mudándose otro vestido del que se había puesto para el ayuno y lavándose, convidaba a sus parientes y hacía con ellos gran borrachera, que era en lo que venían a parar todas sus fiestas”. / 10/.

No han sido pocas las comprobaciones que han tenido estas noticias transmitidas por los cronistas españoles. En diferentes lugares del territorio ocupado por los muisca se han hecho hallazgos de tales ofrendas, en el lecho o en las orillas de las lagunas, en las grietas de los acantilados o simplemente en la superficie de los campos de cultivo. Buena parte de los objetos de orfebrería vendidos al Museo del Oro por campesinos, han sido encontrados super-

10. Fray Pedro Simón, op. cit., Segunda Parte, Cuarta Noticia, cap. VI págs. 293-294.

ficialmente, según su propio testimonio. Hay pocas referencias, o casi ninguna, a tumbas, en contraste con las numerosas noticias que poseemos a este respecto en relación con las demás áreas arqueológicas del país. Fray Pedro Aguado, el famoso cronista del siglo XVI, nos informa de algunas costumbres funerarias de los muiscas, las cuales podrían explicar las circunstancias antes anotadas:

“...porque según algunos afirman, en esta provincia de Tunja no se enterraban los indios con sus riquezas, como en la provincia de Bogotá, sino después de enterrado el indio cuyas eran, se las ponían sobre la sepultura, y así, con menos trabajo, hallaban el oro y lo traían a cargas al montón, donde el general estaba. En un bohío muy viejo e inhabitable que en él no entraba nadie, si no eran gallinazas a dormir y posar, el cual debía ser de algún antiguo y gran señor que allí debía estar enterrado de mucho tiempo, se halló un catauro hecho a manera de costal, cosido con hilo de oro, y todo él lleno de tejuelos de oro, en que afirman haber doscientas libras de oro”/11/.

En 1577, la Real Audiencia, en cumplimiento del mandato de la Corona para que se intensificase la lucha contra la idolatría entre los indios americanos, constituyó una comisión, compuesta por Diego Hidalgo de Montemayor, como factor, y Gonzalo Velásquez de Porres, como escribano, encargada de recorrer el territorio de Boyacá o provincia de Tunja, en donde todavía en esta época no había sido posible extirpar las viejas creencias de los nativos. El procedimiento que se empleó por la comisión nombrada fue, en primer término, reunir a los caciques de las distintas poblaciones, para amonestarlos sobre la falta que cometían “que los hacían acreedores a ellos y a sus súbditos de fuertes castigos”.

Vicenta Cortés Alonso, basándose en documentos que reposan en el Archivo Nacional de Colombia, resume así el contenido de dichas amonestaciones:

“Los castigos para aquellos que, una vez bautizados volvieran a sus ceremonias y ritos, eran, aparte del hecho de pecar y de incurrir en ira de Dios Todopoderoso, la muerte de fuego y pérdida de todos los bienes, y para los que no hubiesen sido bautizados, en atención a que vivían entre cristianos y resultaban con sus creencias impedimento para la conversión de los demás gentiles, se anunciaba la pena de horca si adoraban al demonio. De esta norma no se exceptuaba a nadie, cualquiera que fuese su condición social, su edad o sexo, sufriendo las penas en relación con el delito que cometieran. Para suprimir los ritos gentiles, se

11. Fray Pedro Aguado. Recopilación Historial, Primera Parte, Libro Tercero, cap. IX, pág. 290, Bogotá, 1956.

empezaba por desautorizar a sus shamanes, amenazando con hacer quemar vivo al que en adelante ejerciera tal oficio. Luego tenían que sacar sus santuarios y entregarlos a las autoridades para que, quitado el oro y las piezas valiosas, el monto se empleara en obras de su común beneficio (mejoras, pago del doctrinero, construcción de la iglesia). Por último, se pedía a los caciques y principales que no siguieran practicando la poligamia, sino el matrimonio con una sola mujer, cuyos hijos serían los legítimos herederos del cacicazgo, según el sistema que practicaban de sucesión por línea materna”/12/.

El centro de operaciones de la comisión fue, como era de esperarse, la región de Sogamoso, el principal lugar religioso del imperio chibcha y donde existía el famoso Templo del Sol, incendiado por la tea que alumbraba a los soldados de Jiménez de Quesada en su afán de apoderarse precipitadamente de las riquezas que contenía en su interior. Los pueblos de indios visitados con tal propósito fueron, entre otros, Toca, Mongua, Monguí, Iza, Cultiva, Guáquirá, Monquirá, Motavita, Cucaita, Oicatá, Nemusá, Sotaquirá, Bonzo, Ecusa, Paipa, Duitama, Cerinza, Busbanzá, Tibasosa, Chámeza, Topía, Pesca, Turga, Tocabita, Sichocá, Siachoque, Guachatá, Chivatá, Soatá, Cómeza, Cheva, Socotá, Chúsmita, Soracá, Samacá, Neacachá, Pachequirá, Viracachá, Ciénaga, Cochabita, Icaga, Boyacá, Somondoco, Sora, Suta, Sáchica. Como resultado de esta intensa correría, los comisionados hallaron numerosos “santuarios”, que fueron decomisados a los naturales y que consistían en ídolos de oro, cobre, algodón, cerámica, madera, etc. A su regreso a Santafé entregaron para la real hacienda “1.724 pesos 7 tomines de oro bajo y fino, más de 250 pesos en piedras de esmeralda de escaso valor” /13/.

El documento consultado por Vicenta Cortés Alonso, en el cual se dan todos los detalles de la visita a los “santuarios” de Boyacá, contiene numerosos nombres indígenas, tanto toponímicos como patronímicos, de mucha importancia para los estudios lingüísticos que puedan hacerse en un futuro sobre esta área.

En los asientos del escribano de la referida comisión aparecen datos de gran interés, relacionados con los objetos que entregaron los indios y que eran motivo de culto. Transcribimos a continuación aquellos apartes que consideramos de mayor importancia:

Indios de Amacá,

“santillos de medio oro, hechuras de calabacillos de algodón”.

Indios de Betétiva,

“le confesaron tener un santuario en el que guardaban cuatro

12. Vicenta Cortés Alonso: *Visita a los santuarios indígenas de Boyacá*. Revista Colombiana de Antropología, Vol. IX, págs. 199-273 Bogotá. 1960.

13. Vicenta Cortés Alonso, op. cit., pág. 207.

caracoles y dos santillos de algodón, los cuales se quemaron y entregaron al factor dos hechurillas y algo de oro''.

Indios de Bonzo,

''caracoles, ídolos de madera y de algodón que poseían, así como cinco santillos, de los cuales dos había de oro''.

Indios de Boyacá,

''Entregaron cuatro ídolos de algodón y calabacillas. Afirmaron que eran de indios 'antiguos', y como no llevaban los adornos de oro y piedras acostumbrados, el escribano hacía notar en el asiento que los indios se los debían de haber quitado, según lo hacía sospechar el hilo de algodón en que suelen ir envueltos, pues era raro que un pueblo de tanta gente como Boyacá y tan próximo a la ciudad fuera tan pobre en ofrendas''.

Indios de Busbanzá,

''una tiradera pequeña de oro, dos santillos y chagualilla de oro bajo, caracoles y santillos de palo''.

Indios de Cerinza,

ocho santillos y tres pedacitos de metal ''que parecía oro''.

Indios de Chámeza,

''muchos caracoles y santos de madera, que se quemaron, y veintiocho santillos''.

Indios de Chainé,

dos santillos de oro bajo y ''cuatro bultos de algodón que tenían la forma de los calabacillos en que toman el hayo''.

Indios de Cheva,

dos petaquillas blancas ''en las que había algunos cinchos o chumbes y coronas de caracoles, un santillo en forma de mariposa grande en metal negro, como cobre y dos pedacitos de ese mismo metal, junto con trece tejuelitos de oro bajo''.

Indios de Chipatá, Tópaga y Gótano,

''un santillo y tres caracoles que se quemaron, y cuatro santillos de oro''.

Indios de Chíquiza,

''seis santillos de oro bajo, treinta piedrecillas verdes a manera de esmeraldas y algunos tunjillos y calabazos de algodón''.

Indios de Chiribita,

''tres santillos de oro bajo y un poco de batihoja que parecía oro''.

Indios de Chivatá,

''santillos de oro bajo, ídolos de algodón, esmeradillas de poco valor''. ''...se quemaron los ídolos de palo y algodón''.

Indios de Chúsmita,

una ''petaquilla blanca en la que iban encerrados algunos caracoles y doce tejuelos de oro muy bajo''.

Indios de Ciénaga,

cuatro santillos, ''trece piedrecillas como esmeraldas, y tres ídolos de algodón''.

Indios de Cochabita,

''cuatro santillos de oro bajo, diez piedrecitas verdes y cuatro bultos de algodón como calabacillos''.

Indios de Cómbita,

“su cacique se llamaba Pedro y tenía a su mando varios capitanes. Todos ellos tenían los santuarios en casas y bohíos que mostraron al factor y donde se quemaron los ídolos que guardaban, luego de haberles quitado las esmeraldillas con que estaban adornados. Santillos y tejuelos”.

Indios de Cómeza,

“dos santillos, unas estampillas y un poco de oro y una petaquilla que contenía caracoles, una chagualeja en forma de media luna y un topo”, tejuelos pequeños de oro bajo y una petaquilla con caracoles grandes y chicos.

Indios de Cucaita,

santillos de oro bajo; “dos pedazos del mismo metal en forma de tiradera. Se quemaron sus ocho tunjos de algodón, en los que había puestas doce piedras verdes”.

Indios de Cuítiva,

“diez santillos y topos y un tejuelo que parecía de oro. Ídolos de algodón, caracoles, guacamayos, coronas y otras diademas de plumas y vestidos con que cantaban al diablo en sus santuarios”.

Cacique de Cumachoque,

santillos de oro, tejuelillos de oro bajo y piedrecitas que estaban en los tunjos de algodón.

Cacique de Curimachá,

dos santillos de oro bajo, tres ídolos de diferentes maneras.

Cacique Juan, de Duitama,

“tres chaguas que, aunque tenían color del oro, no lo eran, y quince santillos y pedazos del codiciado metal”.

Indios de Ecusa, Tímisa y Sátiva,

tunjos, caracoles, ocho piezas de oro y ocho tejuelos.

Indios de Firavitoba,

“recibió el factor de un indio ladino y cristiano llamado Juan, cuyo capitán estaba ausente, ocho piezas pequeñas y grandes de estaño, plata y oro bajo (8 p.), que sacaron de un pequeño bohío a donde los condujo. Al día siguiente, día 30 de julio, se personaron en el pueblo, y el cacique, que se nombra también como Firavitoba, y era cristiano, y tres de sus capitanes fueron a buscar sus santuarios a su poblado y trajeron: un tunjo de madera, tres caracoles grandes blancos, en uno de los cuales había una mochila de red con algodones, del cacique; tres caracoles envueltos en un pedazo de manta del capitán Tobasía y dos del capitán Quiría, pues el tercero de ellos no tenía nada. Entonces el factor ordenó que se fuera al pueblo de éste, llamado Otúa, situado en un alto cercano, de cuyo santuario se sacaron: un tunjo de madera con ocho esmeraldillas pegadas a él, y un caracol grande blanco todo envuelto en un pedazo de manta”.

Indios de Foacá,

cuatro santillos de oro bajo, seis esmeraldillas y cuatro ídolos de algodón.

Indios de Gámeza, su cacique, Neachán,  
"tres santillos de oro y dos de cobre (4 p. 3 t.) y sus sujetos, el capitán Cupavaquén, dos santillos de madera con dos sombrerillos y dos santillos de oro muy malo (6 p. 4 t.) y Sica, cuyo santuario estaba en un bohío, tres santillos de oro malo (6 p. 4 t.). Se quemaron muchos caracoles, ídolos de palo y algodón y se sacaron piedrecillas verdes que llevaban como adornos".

Indios de Guacha,  
muchos caracoles grandes y pequeños, santillos de oro bajo.

Indios de Guachetá,  
santillos de oro fino y de oro bajo y diez esmeraldillas.

Indios de Guáquira,  
"tres guacamayos y algunos caracoles, diez santillos y dos tejuelos de medio oro".

Icabuco,  
uno de los cinco pueblos que estaban sujetos a Suárez. Su cacique Gonzalo, llevó a Tunja, en un canasto y "en la boca de un gato, todo envuelto en algodones, dieciséis santillos y otras hechuras y un tejuelo en forma de escudo, todo en oro fino" (25 p. 7 t.).

Cacique de Icaya,  
seis santillos de oro bajo, tres tunjos de algodón y cuatro esmeraldas.

Indios de Iguaque,  
santillos de oro.

Indios de Iza,  
santillos, tejuelos y topos, de oro.

Indios de Mongua,  
su cacique, don Francisco "tenía un santuario guardado por un indio viejo llamado Quinrúa o Cinebe, en el que se custodiaban ocho santillos grandes y chicos, al parecer de oro fino (22 p.) que hizo traer. Un mes más tarde, su capitán cristiano, Andrés, llegaba a Tunja... para entregar... once santillos y otras figuras de oro fino (23 p.), un tunjo de madera, cuatro caracoles grandes y algunas coronas de estos mismos caracoles, grandes y pequeños".

Indios de Monguí,  
cinco santillos dentro de un caracol.

Indios de Monquirá,  
"Hidalgo pasó por allí a principios de agosto y reunió a los indios de Roperó, mandados por un cacique y tres capitanes. El cacique, llamado don Pedro, tenía un bohío del que se sacaron cinco santillos de oro bajo y cuatro tunjos de algodón adornados con piedrecillas verdes; su capitán Francisco, tenía también el suyo, en el que una mucurita encerraba dos santillos".

Cacique de Choma,  
santillos de oro bajo y esmeraldas.

Indios de Motavita,

- figuras de oro y santillos del mismo metal, esmeraldas, tunjos de algodón.
- Indios de Neacachá,  
santillos de oro bajo, ídolos de algodón y esmeraldas.
- Indios de Ochanova,  
santillos de oro bajo.
- Indios de Oicatá,  
santillos, ídolos de algodón, esmeraldas y santillos de palo.
- Cacique de Pachequirá,  
santillo de oro bajo y cuatro ídolos de algodón.
- Cacique de Pagasía,  
cuatro santillos de oro bajo y dos ídolos de algodón "que llevaban dos calabacillos para el hayo, los mismos que ellos empleaban".
- Indios de Paipa o Paipilla,  
santillos de oro bajo, caracoles e ídolos de palo.
- Cacique y capitanes de Pesca,  
santillos de oro, ídolos, guacamayos y tejuelos de oro.
- Capitanes de Sáchica,  
santillos "de diversas formas de un metal semejante al cobre, esmeraldas, ídolos de algodón".
- Cacique de Samacá,  
cuatro santillos de oro bajo, "metidos en una olleta y envueltos en algodones, esmeraldas e ídolos de algodón".
- Cacique y capitanes de Saquencipá,  
santillos de oro bajo y pedazos de oro.  
Cacique de Siachocá,  
tejuelo de oro bajo, "algunos anillos con cinco piedrecitas de esmeraldas".
- Cacique de Soacá,  
santillos de oro bajo, tejuelo y "un pajarillo al parecer de oro... el indio Topanto, portador de un pedazo de águila que parecía de oro también".
- Cacique y capitanes de Soatá,  
santillos de oro bajo, ídolos de algodón, calabacillos para el hayo "de la misma materia".
- Indios de Cocotá,  
"una petaca blanca en la que se guardaban caracoles blancos grandes y pequeños, coronas de caracoles pequeños y las estampillas de un collarejo; un santillo grande y catorce tejuelos de oro blanco".
- Cacique y capitanes de Sogamoso, uno de sus capitanes, don Francisco Moniquirá  
"dio a Hidalgo un santillo en forma de persona y una pieza en forma de mucurita. Felipe Tabacá... un tejuelo fundido, ocho piezas grandes y pequeñas que estaban envueltas en algodones y una diadema... Don Diego Topantebé... una mochila vieja y una mucurita, dentro de la cual había guardados, entre algodones, como es costumbre, cinco piezas grandes y chicas de un

metal que no se distinguía si era oro o plata, entre las que se hallaba una mariposa, un águila y un caracol blanco. El capitán Pontiba, ahora don Alonso, regresó de su bohío con unos santillos de estaño o a manera de plata, que traía envueltos en algodones y metidos en una mucurita dentro de una mochila vieja, tejida y pintada. El capitán Quinrúa también llevó lo suyo, que era un mondadientes de oro metido en un caracol grande blanco y otro pequeño que parecía de oro. Un indio llamado Try dio tres piedrecitas de diversas hechuras de oro bajo y un chagualito y santillo que no se pesaron por ser de paila. Don Juan el cacique, sacó de su santuario veintiún santillos pequeños y uno grande de oro fino, luego en una mochila envuelta entre algodones había una totuma, tres patenas, veinticinco santillos chicos de oro y chafalonía''.

Indios de Sotaquirá,

santillos de oro y patenillas del mismo metal.

Indios de Turga,

cuatro santillos, treinta esmeraldillas, tres ídolos de algodón y guacamayas; uno de sus dos capitanes, ambos idólatras como el jefe, ''le dio dos santillos de oro fino y dos bultos de algodón a manera de pellas con plumas''.

Indios de Tutasá,

santillos y un bordoncillo, al parecer de oro /14/.

Los datos transcritos son bien elocuentes sobre lo arraigado que estaban todavía en esta época las creencias y prácticas ceremoniales tradicionales de los muiscas de Boyacá, no obstante haber transcurrido cerca de medio siglo de la llegada de los conquistadores a esta zona. También nos revelan el poco resultado que habían dado hasta entonces las campañas evangelizadoras llevadas a cabo con tanto ahínco entre los grupos aborígenes, y que debieron fallar por los sistemas empleados en esta tarea catequística.

Los detalles que aparecen en los asientos indican también el carácter predominantemente sagrado que tenía el oro y aun el cobre entre tales nativos, el significado religioso de los caracoles y la frecuencia de ídolos hechos de madera y algodón. Estos exvotos se colocaban en el interior de pequeños bohíos, que eran por lo general oscuros, pues solo tenían una estrecha entrada y carecían por completo de ventanas o respiraderos. Con los sahumeros ceremoniales, ídolos y ofrendas se ahumaban por completo en estos estrechos recintos, donde se practicaba el culto clandestino. Tal era el aspecto que presentaban gran parte de los objetos decomisados por la comisión de 1577, muchos de los cuales pueden identificarse, al igual que los que se describen en los textos de los cronistas citados, en la colección de orfebrería muisca que posee el Museo del Oro del Banco de la República.